

Todo principio tiene un final

S I L L O

HUGH HOWEY
DUST

minotauro

3



SILO 3
(DUST)

HUGH HOWEY

minotauro

Silo 3 (Dust)
Núm. 3 de 3

Copyright © Hugh Howey, 2013
Originally published as *Dust*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Manuel Mata, 2014
Diseño de cubierta: Cover Kitchen

ISBN: 978-84-450-1616-9
Depósito legal: B. 14.375-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

SILO 18

Llovía polvo en las salas de Mecánica; lo liberaba el temblor generado por la violencia de la perforación. En los techos, el cableado se mecía con delicadeza dentro de los arneses. Las tuberías traqueteaban. Y desde la sala del generador, un *staccato* de impactos llenaba el aire y rebotaba en las paredes, haciendo recordar a quienes lo escuchaban un tiempo en el que la maquinaria, desequilibrada, giraba de manera peligrosa.

En medio de este horrible estrépito se encontraba Juliette Nichols, con el mono desabrochado hasta la cintura, las mangas sueltas anudadas alrededor del abdomen y la camiseta manchada de polvo y sudor. Estaba apoyada con todo su peso contra la excavadora y sus brazos fibrosos temblaban cada vez que el pesado pistón metálico de la máquina impactaba contra el muro de hormigón del silo Dieciocho.

Podía sentir la trepidación en la dentadura. Cada hueso y cada articulación de su cuerpo se estremecían y las viejas heridas le recordaban su existencia de manera dolorosa. A un lado, los mineros que normalmente se encargaban de la perforadora observaban la escena con aire de insatisfacción. Juliette apartó la cabeza del hormigón cubierto de polvo y los vio, con los brazos cruzados sobre los pechos fornidos y las mandíbulas apretadas en gesto ceñudo, molestos quizá con ella por haberse apropiado de su máquina. O tal vez por el tabú de excavar donde excavar estaba prohibido.

Se tragó el polvo y la creta que se le estaban acumulando en

la boca y se concentró en la pared agrietada. Había otra posibilidad, una posibilidad que no podía por menos que considerar. Por su culpa habían muerto buenos mecánicos y mineros. Había estallado una guerra brutal porque se había negado a limpiar. ¿Cuántos de los hombres y las mujeres que estaban observándola mientras excavaba habrían perdido algún ser querido, un amigo del alma o un familiar? ¿Cuántos de ellos la culpaban? No podía ser ella la única.

La excavadora corcoveó y se produjo un impacto estruendoso, como si dos cosas de metal hubieran chocado. Juliette dirigió los martillos hidráulicos hacia un lado, donde había aflorado la osamenta de varillas de refuerzo en medio de la blanca carne del hormigón. Ya había logrado excavar un auténtico cráter en la pared exterior del silo. Sobre sus cabezas asomaba una primera hilera de varillas, con los extremos pulidos como velas consumidas por la acción del soplete que les había aplicado. Después de otros setenta centímetros de hormigón se había encontrado con una segunda hilera. Las paredes del silo eran más gruesas de lo que se había imaginado. Con los miembros entumecidos y los nervios a flor de piel, hizo avanzar la máquina sobre las orugas y el pistón con forma de punta de flecha del martillo neumático comenzó a horadar la piedra que separaba las varas de acero. De no haber visto los planos con sus propios ojos —y de no haber sabido que había otros silos ahí fuera— ya se habría rendido. Era como si estuviese tratando de abrirse paso a través de la mismísima Tierra. Le temblaban tanto los brazos que sus manos estaban casi borrosas. Era la condenada pared del silo lo que estaba atacando, lo que acometía con la intención de atravesarla, de abrirse paso hasta el exterior.

Los mineros se agitaban, incómodos. Juliette dejó de prestarles atención para centrarse en el lugar de la perforación al oír que, con un repicar metálico, el martillo mordía de nuevo el acero. Se concentró en el pliegue de piedra blanca que separaba las varillas. Pisó con fuerza la palanca de avance, apoyó todo su peso sobre la máquina y la excavadora avanzó un par de centí-

metros más sobre sus oxidadas orugas. Ya hacía algún tiempo que habría tenido que descansar. Tenía tanta creta en la boca que empezaba a asfixiarse; sus brazos necesitaban descanso; el suelo estaba sembrado de escombros entre la base de la excavadora, e incluso entre sus propios pies. Quitó a puntapiés algunos de los más grandes y siguió excavando.

Su temor era no poder convencerlos de que la dejaran continuar si volvía a parar. Por muy alcaldesa —o jefa de turno— que fuese, ya había visto a muchos hombres de cuya intrepidez estaba segura marcharse de la sala del generador con el ceño fruncido. Parecían aterrados por la posibilidad de que perforase uno de los sacrosantos sellos y dejase entrar el nocivo y asesino aire del exterior. Juliette veía cómo la miraban, conscientes de que había estado en el exterior, como si fuese una especie de fantasma. Muchos de ellos se mantenían a distancia, como si estuviera aquejada por alguna enfermedad.

Apretó los dientes haciendo crujir la amarga tierra que se le había metido entre ellos y volvió a accionar el pedal de avance con la bota. Las orugas de la excavadora avanzaron dos centímetros más. Dos centímetros. Juliette maldijo amargamente la máquina y el dolor que sentía en las muñecas. Maldijo la guerra y a sus amigos muertos. Maldijo el recuerdo de Solo y de los niños, aislados y separados de ellos por una eternidad de roca. Y maldijo amargamente aquel disparate de la alcaldía que provocaba que la gente la mirase de repente como si dirigiese todos los turnos en todos los pisos, como si supiera lo que estaban haciendo, como si pensaran que tenían que obedecerla a pesar de lo mucho que la temían...

Con una sacudida, la excavadora volvió a avanzar, esta vez más de dos centímetros y el martillo neumático aulló con un chillido penetrante. A Juliette se le escurrió una de las palancas y el motor de la máquina se revolucionó como si fuese a explotar. Los mineros se sobresaltaron como un enjambre de moscas y las sombras de varios de ellos convergieron a la carrera sobre ella. Juliette apretó el interruptor rojo de emergencia, casi invisible bajo un manto de polvo blanco. La excavadora corcoveó

y se estremeció mientras el motor deceleraba conjurando el peligro de descontrol.

—¡Lo has atravesado! ¡Lo has atravesado!

Raph la abrazó por detrás con unos brazos pálidos a los que años de trabajo en las minas habían dotado de gran fuerza y le estrechó los entumecidos hombros. Otros le gritaron que había terminado. Acabado. Pero la excavadora había hecho un ruido raro, como si se le hubiese roto una de las bielas. Juliette había oído el peligroso aullido que profiere un motor potente cuando gira sin fricción, sin nada que le oponga resistencia. Soltó los mandos y se dejó abrazar. Volvía a sentir la desesperación, la idea de que sus amigos estaban enterrados vivos en un silo vacío, sin que ella pudiera alcanzarlos.

—¡Lo has atravesado! ¡Atrás!

Una mano que apestaba a grasa y esfuerzo se cerró como una tenaza sobre su boca para protegerla del aire del otro lado. Juliette no podía respirar. Frente a ella, a medida que se disipaba la nube de cemento, comenzó a aparecer una negra extensión de espacio abierto.

Y allí, detrás de dos varillas de acero, se extendía un vacío oscuro. Un vacío más allá de las dos capas de barrotes que los rodeaban por todas partes, desde Mecánica hasta el último piso.

Lo había atravesado. Atravesado. Ahora podía vislumbrar un atisbo de otro exterior, un exterior diferente.

—El soplete —murmuró Juliette tras quitarse de la boca la mano callosa de Raph y arriesgarse a inhalar una bocanada de aire—. Traedme el soplete. Y una linterna.

—Este maldito trasto está totalmente oxidado.

—Eso parecen unos conductos hidráulicos.

—Deben de tener mil años.

Esto último lo susurró Fitz y las palabras del petrolero silbaron al pasar entre los huecos de los dientes que le faltaban. Los mineros y mecánicos que habían guardado las distancias durante los trabajos de perforación se apelotonaban ahora detrás de Juliette, mientras ella apuntaba con la linterna hacia la oscuridad que se extendía detrás de un persistente velo de roca pulverizada. Raph, tan pálido como el polvo que estaba asenándose, se encontraba junto a ella, en el estrecho cráter cónico que habían excavado en los casi dos metros de hormigón. El albino tenía los ojos abiertos de par en par, las traslúcidas mejillas hinchadas y los labios apretados y sin sangre.

—Puedes respirar, Raph —le dijo Juliette—. Sólo es otra sala.

El pálido minero exhaló con un gruñido de alivio y pidió a los que estaban detrás que dejaran de empujar. Juliette le pasó la linterna a Fitz y dio la espalda al agujero que había excavado. Se abrió camino entre la abarrotada multitud, con el pulso acelerado por las máquinas que había vislumbrado al otro lado del muro. Los murmullos de los demás no tardaron en confirmar lo que había visto: puntales, tornillos, tuberías, planchas de metal con la pintura descascarillada y rastros de óxido... Las paredes de una bestia mecánica que se extendía hacia arriba y hacia los lados hasta donde penetraba la luz de su débil linterna.

Alguien le puso una taza de latón llena de agua en la mano temblorosa. Juliette bebió con avidez. Estaba exhausta, pero su mente no podía dejar de pensar. Esperaba con impaciencia el momento de volver a una radio para contárselo a Solo. Y el de contárselo a Lukas. Había desenterrado una pequeña esperanza.

—¿Y ahora? —preguntó Dawson.

El nuevo capataz del tercer turno, que era el que le había dado el agua, la estudió con mirada cauta. Contaba casi cuarenta años, pero el trabajo en el turno de noche, siempre escaso de personal, le había echado años de más a las espaldas. Tenía unas manos grandes y retorcidas, por culpa de su costumbre de hacerse crujir los nudillos y de los dedos que se había roto trabajando y peleando. Juliette le devolvió la taza. Dawson echó un vistazo al interior y apuró el último trago.

—Ahora vamos a abrir un agujero más grande —respondió ella—. Entraremos y veremos si se puede aprovechar esa cosa.

Un movimiento en la parte alta del ruidoso generador principal captó la atención de Juliette. Levantó la mirada justo a tiempo de ver que Shirly la observaba desde allí con el ceño fruncido. Shirly apartó la mirada.

Juliette le apretó el brazo a Dawson.

—Tardaríamos una eternidad en ampliar el agujero que hemos hecho —dijo—. Lo que necesitamos son docenas de agujeros más pequeños que podamos conectar luego. Tenemos que arrancar secciones enteras, una a una. Trae la otra excavadora. Y pon a los hombres a trabajar con los picos. Pero procuremos no levantar mucho polvo, si es posible.

El capataz del tercer turno asintió mientras tamborileaba con los dedos sobre la taza vacía.

—¿Sin explosivos? —preguntó.

—Sin explosivos —respondió ella—. No sé lo que hay ahí dentro, pero no quiero dañarlo.

Dawson asintió y Juliette se marchó dejándolo al cargo de la excavación. Se acercó al generador. Shirly también llevaba el mono suelto desde la cintura, anudado con las mangas, y la ca-

miseta manchada con un triángulo invertido de sudor de color oscuro. Se había subido al generador y, con un trapo en cada mano, estaba quitando tanto la grasa antigua como la película de polvo nuevo que habían levantado los trabajos de excavación de la jornada.

Juliette se desató las mangas del mono e introdujo en ellas los brazos para cubrir las cicatrices. Escaló por un costado de la máquina. Sabía dónde podía agarrarse, qué partes estaban calientes y cuáles meramente templadas.

—¿Te echo una mano? —preguntó al llegar a lo alto, gozando del calor y la trepidación de la máquina en los músculos castigados.

Shirly se secó la cara con el borde de la camiseta. Sacudió la cabeza.

—Estoy bien —dijo.

—Siento lo del polvo.

Juliette tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del zumbido que hacían los gigantes pistones al subir y bajar. No hacía tanto, la máquina estaba tan desajustada que de haber estado de pie sobre ella se le habrían salido los dientes de la dentadura.

Shirly se volvió y le tiró los sucios trapos blancos a su sombra, Kali, que al pie de la máquina los dejó caer en un cubo de agua mugrienta. Resultaba raro ver a la nueva jefa de Mecánica ocupada con algo tan banal como limpiar el grupo electrógeno. Juliette trató de imaginarse a Knox allí arriba, haciendo lo mismo. Y entonces, por enésima vez, volvió a recordar que era la alcaldesa y sin embargo allí estaba, perforando paredes y cortando varillas de refuerzo. Kali volvió a tirarle los trapos a Shirly, quien lo roció todo de agua sucia al cogerlos. El silencio con el que su antigua amiga reanudó su trabajo resultó más elocuente que cualquier palabra.

Juliette se volvió y observó al grupo de excavación que había formado, que ya había empezado a limpiar los escombros y agrandar el agujero. A Shirly no le había hecho gracia que le quitaran personal y mucho menos el tabú de romper el sello del

silo. La petición de trabajadores había llegado en un momento en que la plantilla ya estaba muy mermada por culpa del levantamiento. En cuanto a si Shirley culpaba a Juliette o no de la muerte de su marido, era un tema irrelevante. La propia Juliette se culpaba por ello, así que las separaba una capa de tensión que era como una pátina de grasa.

Al poco, el martilleo contra la pared se reanudó. Juliette vio a Bobby a los mandos de la excavadora. Sus brazos musculosos se movían tan rápidamente sobre el volante del martillo neumático que parecían borrosos. La aparición de la extraña máquina —una reliquia enterrada detrás de las paredes— había revitalizado a su reacia cuadrilla. El miedo y la duda se habían transformado en determinación. Llegó un porteador con provisiones y Juliette vio que el joven, de brazos y piernas desnudos, observaba los trabajos con mucha atención. Dejó la carga de fruta y comida caliente que había traído y se marchó cargado de rumores.

Juliette, de pie sobre el ruidoso generador, acalló sus propias dudas. «Estaban haciendo lo que debían», se dijo. Había visto con sus propios ojos lo vasto que era el mundo, había estado en lo alto de una loma y había contemplado la Tierra. Ahora, lo único que tenía que hacer era mostrar a los demás lo que había ahí fuera. Entonces empezarían a trabajar con entusiasmo, en lugar de con temor.